

Por favor, las personas primero



GUILLERMO BALLENATO
Psicólogo

España es un país solidario. El voluntariado, los envíos de ayuda a países que sufren desastres naturales o las donaciones de órganos para trasplantes así lo confirman. Pero, en lo que a tolerancia se refiere, el balance no es tan positivo. ¿Aceptamos realmente a colectivos con peculiaridades específicas o diferentes en su raza, cultura, ideología o condiciones? A la hora de la verdad ponemos inconvenientes para que vivan al lado de nuestra casa, paseen por nuestros parques o estudien con nuestros hijos.

EL TÉRMINO *tolerancia*, entendido como la *consideración* hacia las *opiniones* o *prácticas* de los demás, aunque repugnen a las nuestras, tiene una clara *connotación negativa*. *Tolerar* equivale a *sufrir*, *resistir*, *soportar*, en definitiva llevar con paciencia o per-

mitir algo que no se tiene por lícito, *sin aprobarlo* expresamente.

La defensa de una postura "*contra la intolerancia*" resulta paradójica: "no se tolera al intolerante". La alternativa, orientada "*a favor de la tolerancia*", arrastra consigo la propia prepotencia del vocablo *tolerar*. Parece más positivo abogar por el *respeto*, la *aceptación*, el *reconocimiento*, la *valoración* o la *consideración*. Términos que aluden a un *acatamiento* de la opinión ajena, antepuesto a los dictados de una *estricta moral* propia, y que animan más a ceñirse al espíritu de la ley que a su letra, incorporando dosis de *flexibilidad*. Hay quien rebate las ventajas de esta *flexibilidad* con ironía: "*claro, tengo que ser flexible y dejar que me echen el humo del tabaco a la cara; tengo que asentir con la cabeza mientras me hablan el idioma de otra comunidad autónoma aunque no lo entienda; tengo que bordear con deportividad el coche mal estacionado que impide el paso...*". Lo que nos lleva a la reflexión sobre los *límites razonables* de la flexibilidad, y sobre la premisa del *respeto mutuo* como el elemento que le da validez.

Derecho a la diferencia

CADA SER humano es *diferente*. La lucha por la *igualdad* ha abierto el camino a la idea de la *equidad*, en busca de un trato más *justo*, *personalizado*, adaptado y diferenciado. Afortunadamente, cada vez se presta más atención a la *discriminación positiva* referida a colectivos *desfavorecidos*.

La lucha por la igualdad ha abierto el camino a la idea de la equidad.

Sin embargo, el término *discriminar*, entendido en origen como *distinguir* o *diferenciar*, se traduce con frecuencia por *separar*: ése al que hoy rechazamos podría haber sido o llegar a ser cualquiera de nosotros. **Bertold Brecht** ilustra bien esta idea: "*Primero se llevaron a los negros, pero a mí no me importó porque yo no lo era. Enseguida se llevaron a los judíos, pero no me importó porque yo tampoco lo era. Después detuvieron a los curas, pero, como no soy religioso, tampoco me importó. Luego apresaron a unos comunistas, pero, como yo no soy comunista, tampoco me importó. Ahora me llevan a mí, pero ya es tarde*".

Tras la *intolerancia* y el *rechazo* está el *miedo*, la sensación de amenaza, el desconocimiento, la necesidad de autoafirmación y una cierta combinación de *superioridad* e *inferioridad*. La Psicología Social ofrece interesantes aportaciones sobre los *prejuicios* y *estereotipos*, sobre su interiorización en la infancia y la tendencia natural del ser humano a categorizar, su función de cohesión grupal o como desahogo de frustraciones colectivas a través de la creación de "*chivos expiatorios*".

A menudo, los seres humanos ni siquiera somos capaces de *tolerar* la *frustración* personal. No aceptamos la realidad cuando contradice nuestras expectativas, y normalmente aplicamos la *resignación*, en su dimensión negativa y de rendición. Pero antes incluso tendríamos que lograr la *auto-aceptación*, y pasar de ser nuestro juez más severo a convertirnos en nuestro mejor amigo, lo que

Nuestras diferencias nos enriquecen y tenemos que aprender a valorarlas más que a tolerarlas.

requiere del cese definitivo de la *guerra sin cuartel* que solemos mantener con nosotros mismos.

Para *desconcierto* de muchos, la investigación sobre el *genoma humano*, aparte de rematar las ideas antropocéntricas, nos revela como seres más *similares* entre nosotros mismos. Nuestras semejanzas y puntos en común, a la vez que contribuyen a simplificar la *convivencia*, parecen surgir finalmente de ella y de la interacción con un entorno similar. La *ciencia* muestra igualmente que, en los fenómenos naturales, las *diferencias* -de

temperatura, presión, etc.- generan la *vida*. Nacemos, crecemos y nos enriquecemos a partir de nuestras diferencias, y tenemos que aprender a *valorarlas* más que a *tolerarlas*.

Cultura y tolerancia

EL RESPETO a la *diversidad* radica en la *educación*, la amplitud de miras y el conocimiento de realidades distintas a la de uno mismo. La clave reside en la *comunicación* y la *empatía* o capacidad de ponernos en el lugar del otro. La *convivencia* entre perso-

nas "diferentes", si se da en condiciones favorables y a partir del respeto a unas mínimas normas básicas comunes, resulta una *terapia* eficaz contra la intolerancia.

La obcecación en la *defensa a ultranza* de creencias e ideologías lleva en muchos casos al *fanatismo*. Las diferencias se viven así como algo insoportable, y se puede acabar por anteponer las ideas al derecho a la vida. Ahí es donde cualquier *argumento* se hace *insostenible*. Las *situaciones críticas* suelen contribuir a *clarificar* las prioridades, y normalmente ponen de relieve que las *personas* son lo *primero*. Sólo después podremos hablar de cultura, ideología política, creencias... En fin, de esas cuestiones de segundo orden en las que, por suerte, somos *diferentes*. ■ **Perfiles 17**